

Reflexiones Sobre el Devenir Americano

He querido enviar, con este epítome, la colaboración de índole más personal posible, en adhesión al aniversario que celebra la Revista Mexicana de Sociología. Algunas de las ideas aquí extractadas han sido desarrolladas ante el público; otras permanecen en boceto; pero todas las he vivido intensamente en la discusión periodística o privada. Sea este mi particular homenaje a la noble tribuna de la sociología mexicana.—Roberto FABREGAT CUNEO.

DE CÓMO LA CONQUISTA ORIGINÓ UN MUNDO AMORFO

ALGUNA vez expresamos que en la Conquista —como en el Coloniaje— puede aislarse cualquier elemento, menos el espíritu; ese espíritu o sentido heroico sobre el que tanto han declamado los panegiristas del Imperio español. Fue ésa una empresa de tráfico y negocio, realizada por el terror; sin ambages lo declaran sus protagonistas y amanuenses. Los perros feroces de Colón anticipan en la Hispaniola lo que vendrá en el Continente. Los genocidios perpetrados por Nicolás Ovando o la brutal destrucción de Cumaná atestiguan que no se trata de episodios aislados, sino de una premeditada política de ferocidad. Es el terror blanco que ocasiona el despoblamiento de islas y comarcas; que concluye por despeñar aquellas culturas estáticas, sin problemas externos en su sosegada marcha secular. En este orden, Antenor Orrego ha comparado la cultura incaica con la bizantina. Pero en vez de una Bizancio, crearíamos ver en los Andes una corte de la decadencia me-

rovingia. Es también el suyo un primitivismo decadente, con todo su ruedo de intrigas palaciegas y rivalidad de herederos.

Si la contienda entre Huáscar y Atahualpa sirvió de punto de apoyo para descuajar un imperio, las alianzas entre Guanacahari y Colón —como entre los tlaxcaltecas y Cortés— preludian el suicidio de aquel mundo aislado, imposibilitado de renovarse, prácticamente inerte ante armaduras cañones y caballos. Las culturas del bronce, las de la piedra y el palo, se derretirán por igual ante la estrategia heredada de lansquenetes y condotieros.

La cultura maya no existía ya; misteriosamente evaporada, desaparecida sin señal de lucha, parece, simplemente, haberse vuelto un día a la nada. Y nunca se mató tan rápidamente a ninguna civilización como a éstas, incomunicadas e inmóviles; nunca se precipitó un continente al vacío con tan brutal rapidez. No faltan los signos precursores: es el propio Colón quien impone el primer tributo en tierras de América —oro y algodón— a todo indio mayor de catorce años. Y cuando advierte que el oro no abunda por cierto a flor de tierra, eleva a la Corona su gran proyecto compensatorio: la esclavización en masa de todos los habitantes del Continente. “Cuando yo descubrí las Indias dije del oro, piedras preciosas, especierías con los tratos y ferias y porque no pareció todo tan presto fui escandalizado”, escribe el Almirante en la crónica de su cuarto viaje. Solo por eso. Lo demás no importaba; ni siquiera saber si estaba en las Indias o en otro continente.

Ya hemos dicho cuánto se ensalzó el drama de la conquista, sin duda el más atroz de los que conoce la Historia. Es primero como una expedición punitiva, sin más norte que la destrucción y el saqueo. Es luego una retrogradación cuyas fases repugnan por brutales y sobre todo por inútiles. La América de acequias y chasquis se cubre con las sombras postreras del bajo medioevo. Sus portadores no son por cierto vikings, normandos, *ulemahs* ni puritanos, sino hidalgueros, presidiarios, aventureros, zascandiles de juzgado y escribanía.

Es notorio el proceso paralelo de la decadencia peninsular con el del Coloniaje. De Carlos V se baja a Felipe II, especie de tenebroso coronado, en cuyo propio hijo, el príncipe Carlos, el destino se complace irónicamente en marcar cuantos estigmas pueda ostentar el absolutismo. Del segundo Felipe pasamos a Felipe III, a sus favoritos y validos, estadistas a la inversa que aniquilan la industria textil con la expulsión de los moriscos. Las taras más específicas de esa política de fanatismo se reproducen en las colonias americanas, del mismo modo que durante la Conquista se propagaran por el continente la viruela y

la sífilis. Se implanta la ley medieval del justiprecio para los productos de las colonias; se reduce a éstas a intercambiar con una sola aduana; una verdadera cerrajería de monopolios y gabelas agobia a la vez capital y trabajo.

Así llega a la trágica paradoja: las colonias son mundos amorfos. El indio ya no es indio: le falta la tierra. El europeo deja a su vez de ser europeo: es un desarraigado, le falta contorno, sufre el mal del vacío. Y el criollo recién asomará la cabeza en el siglo XIX.

El odioso debate sobre las razas americanas había sido abierto desde los primeros días: ¿los indios tienen alma? ¿O más bien han nacido para la servidumbre y la esclavitud? Muchas instancias tuvo el proceso, rematado por Carlos de Austria con la peor solución: el instituto legal del tráfico de negros en América. Pero no en balde la esclavitud del indio —ya declarada, ya vergonzante— había sido la obsesión de los conquistadores.

Será su legado; su interminable manda testamentaria. Por medio de legislaciones ambiguas, contradictorias y en cuyo texto siempre existe lo que siglos después se llamarían cláusulas de escape, se dispone de una tentadora masa de siervos, encomendados, yanacones, cuatequiles, mitayos. Cien veces las cédulas regularán tarifas, obligaciones y presuntos derechos de indígenas y mestizos. Se crea un vocabulario de entañamiento y discriminación cuyos refinados matices pueden apreciarse en el Museo Antropológico de Madrid o en el de París. Indios y negros, mulatos, cuarterones, calpamulas, zambos, tentenelaires, jíbaros, cafusos, albarazados, bozales, claritos. . . Una penosa nomenclatura.

La organización etno-social del *ayllu* brinda el modelo para las reducciones o corregimientos; no hay falsificación más odiosa ni prueba más específica de la retrogradación impuesta al hombre americano por la burocracia feudal. A tales resabios han de agregarse todavía los de remoto origen romano, como la servidumbre por deudas.

Las colonias son factorías no sólo de hecho, sino en su configuración programática. Son y han de ser fuentes de riqueza y abastecimiento para la metrópoli; es así como se las piensa, y no de otro modo se las menciona incluso en las obras de Lope de Vega. Las ciudades son aldeas casi siempre emplazadas en el litoral marítimo; chatas adaptaciones de la vida hispánica donde nada nuevo podrá ocurrir jamás. Todo será repetir y volver a hacer lo que una vez fue previsto y censurado desde la península.

Es una cultura postiza la que vegeta en virreinos y gobernaciones. Sus novedades se amasan con lo vetusto, lo ya sospechado de des-

valorización en la misma península. Y sobre ellas, la norma constante será el no dejar hacer, el estorbar e impedir cualquier desarrollo o surgimiento que difiera de su ortodoxia, sus restos y reliquias. Tal es la paradójal empresa de la Colonia. También aquí se navega en sentido opuesto, hacia el Poniente.

Entre las formas autóctonas destruidas —o invalidadas— y las antiguallas hispánicas se abren irremediables vacíos; se multiplican las in-comunicaciones. Las colonias son culturas del vacío. Entre esas *no man's lands* se encogen los núcleos supervivientes, en regiones donde la lucha con el medio toca los extremos. El reto o desafío físico —para apelar a los términos, de Toynbee— es desmesurado y aplastante. Son las regiones más altas del hemisferio, los valles remotos, la selva anegadiza, los *caatingás* hostiles y resecos. Aun las zonas de exuberancia tropical harán escribir a Buckle *But amid this pomp and splendor of Nature, no place is left to Man*. Exagerado y rebatible, sí; pero cuando Sarmiento nos habla del desierto y Eustacio Rivera de la selva, parece que nombraran a corpóreos personajes de nuestro drama. Y es que lo son, tal vez hasta más lejos de lo que señalaran sus propios descriptores.

Una a una se formaron en ese vacío las dificultades de nuestra América actual. Todavía está allí; gran parte de la cultura americana permanece recostada al desierto, a la tierra primera, pampeana o andina, salitrera o cauchífera. Y perviven también el terror y la angustia humanos, anejos durante siglos al proceso colonial. Naturalmente, en muchas regiones se han atenuado esos efectos; empero en otras proyectan todavía sus largas sombras de desconfianza, introversión, aprensión indefinida hacia todo lo que proceda del hombre blanco. Pero ninguna interrelación puede ser unilateral y de ahí que esos estados depresivos reoperan a su vez sobre el hombre blanco más de lo que parecería —sobre todo en las zonas rurales— matizando sus vivencias de pesimismo y desaliento. Nuevamente desde este ángulo: es la supervivencia de la amorfía colonial la que todo lo complica y retrasa en nuestras repúblicas.

Aún para nosotros es difícil imaginar lo que habrá sido el aparecer sucesivo de las repúblicas americanas en el cuadro enorme de los desiertos. Tal vez nadie pueda representárselo jamás. Es una irrupción gigante, digna del escenario. En la vieja divisa de Protágoras, el hombre es la medida de todas las cosas. En esta empresa parecen haberse utilizado patrones de otro calibre, jamás vistos antes ni después.

Históricamente, el momento de Bolívar carece de parangón. Ya des-

de el punto de vista bélico y político, sólo la empresa de Alejandro en Asia admitiría comparaciones. Pero aquí está además el espíritu; el ingrediente sutil e indispensable que faltó a los conquistadores. Desde ese punto de vista, la cabalgata de los libertadores es un acto metafísico; un pensar en el ser antes que en el obrar. Estos hombres tuvieron ante sus ojos el ser de América: toda circunstancia le fue subordinada. Es por ello que Artigas, Bolívar, O'Higgins, San Martín y Sucre parecen tan pronto instrumentos del destino como dueños de él. Hado y voluntad alternan en su aventura y —sobre todo— rubrican sus finales. De ahí que sea común a los libertadores ese pronunciado rasgo de silencio y enigma que epiloga sus campañas. Es mucho lo que guardaron para sí; lo que jamás dijeron ni quisieron escribir.

Un momento así debe ser breve. Del coloniaje se ha pasado a otra especie de amorfía; al barro primordial. Eso explica la asombrosa cuantía de revoluciones, motines, golpes de Estado, retrocesos y vueltas al pasado que inmediatamente ocurren. Hombres de facción, de disturbio y pendencia ejercerán el poder dividido. Ha llegado la hora de los epígonos: los héroes se han ido y no quieren o no pueden volver. En su última proclama dice Bolívar desde el destierro: "Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro."

América desciende otra vez; es que allá atrás, el desierto reclama lo suyo. La independencia flota en la inmensidad despoblada e improductiva. La letra flamante de las constituciones representa muy poco ante la realidad telúrica. La socialidad no existe aún; no puede existir entre aislamientos e ignorancias. Sin aspiración de progreso ni disciplina política, la masa de paisanos, gauchos, buscadores, llaneros, indios sedentarios o nómadas, mestizos de dos o más sangres, negros libertos o todavía esclavos, resulta extraña y bárbara, en su propio continente, ante las ideas de libertad, progreso y democracia. Apenas es mejor la situación en las pequeñas ciudades donde la minoría ilustrada y las clases urbanas se hallan sin vías de comunicación, sin prensa, sin industria, sin tradición alguna de gobierno y política. Sólo cabe en esa América una fórmula de mando y es justamente la que se opone a las constituciones: el despotismo.

Así el último cuadro de la amorfía, a lo largo del siglo XIX, lo ofrece en América el penoso desencuentro entre las constituciones y los déspotas que juran respetarlas. Sin entrar en mayor detalle, recordemos en esa línea las figuras de Gaspar Rodríguez Francia, que eliminó la iglesia y secularizó sus bienes, y de Gabriel García Moreno, especie de

teócrata que llevó la fórmula clerical a extremos de increíble fanatismo. Son casos que ejemplarizan respecto a las secuelas de la amorfía. Y cabe agregar, respecto al primero, que implantó en el Paraguay la autarquía cien años antes que Mussolini la intentase en Italia. Quizá sea ésta la suprema imagen de la amorfía en un continente que necesitaba, por sobre todas las cosas, exportar e importar en escala máxima para poder andar su primer trecho.

No sería justo terminar este párrafo sin considerar desde otro ángulo el gran proceso del siglo xix americano.

Tal vez nuestra mirada no se haya detenido bastante sobre el vaivén de las ideas liberales entre los dos continentes. Es un efecto de péndulo o radar que evidentemente ha comenzado con Locke. Fue Locke el primer hombre que se atrevió a enunciar la existencia de ciertos derechos naturales, entre los cuales se encuentran el de vida, el de libertad y el de propiedad. A su momento, Tom Paine —magnífico bohemio, trashumante campeón de derechos— llega a América con el enunciado a cuestas. El Congreso de Filadelfia reconoce y estatuye aquellos principios, aunque con cierta vaguedad idealística: "... entre derechos se encuentra la vida, la libertad y el procurarse la dicha".

Franklin, Lafayette y el mismo Paine reenvían las ideas al Continente. Muy pronto la Revolución les da cuerpo, no ya declaratorio, sino jurídico. Despojada de frases y lirismos, tiene todas las precisiones de un código. Bien plantado, pronto podrá marchar de tierra en tierra, de prensa en prensa, de libro en libro.

Y este es el nuevo rebote que desde Francia llega hasta los Libertadores y se corporiza en las constituciones latinas de América, convertido en credo continental. Ya en 1794 se imprimía clandestinamente en Colombia la Declaración de los Derechos del Hombre.

Otra instancia y es Alexis de Tocqueville quien vuelve a transportar a Francia el modelo, asombrosamente robustecido por la experiencia, asociado indisolublemente a una palabra clave de la época: progreso. Aquel *pneuma*, aquella moderada exhalación de Locke ha cobrado vida continental. Y el libro famoso, "De la Democracia en América", apunta ya al futuro, lo presente.

Así, durante un siglo y medio, la onda ha rebotado de un continente a otro. Desde luego, el fenómeno solo pudo ocurrir cuando las generaciones americanas comenzaron a pensar por cuenta propia. Hasta entonces, la historia de los aborígenes había sido la de una corriente única, dirigida desde el viejo mundo. Pero en el siglo xix América ya

no es indígena. Tampoco es Europa en admisión temporaria. Es la América criolla que empieza a vivir a su modo. La que, sin saberlo casi, es diferente; la que jamás volverá a ser aborigen ni vice-europea.

Europa va a esclerosarse en la Santa Alianza; aquí es el momento de Bolívar. Singular instancia. El mundo que faltaba en el mapa de Toscanelli es ya eso: el mundo que faltaba. Ya no la tierra que el Papa podía dividir a cordel, sino la de Monroe. Napoleón le había vendido la Luisiana; Rusia les venderá Alaska. Inversos Tratados de Tordesillas!

El proceso tiene la riqueza y las contradicciones de lo que es original en la historia. Europa nunca había tenido una respuesta semejante. Veterana colonizadora de Africa, Asia y Oceanía, por cierto que había recibido algunas réplicas; pero ninguna, como ésta, le había llegado en su propio idioma, en su mismo estilo. Es éste como un eco rebelde, que repite palabras distintas a las que se le gritan; que formula frases nunca oídas en aquellas lenguas originales.

España, Francia, Portugal e Inglaterra habían querido meramente formar colonias y dominios; se encuentran de pronto con una vice-Europa formada en sus mismas barbas; luego con pueblos nuevos, indefinibles, incomprensibles casi. Aunque muchas veces el criollo sea de sangre europea pura —como lo fueron los Libertadores— la postura vital es otra; la brújula del espíritu desvía bajo el influjo chtonico. El fenómeno americano se ha producido en el espíritu antes que en las formas ralas, pobres o apenas insinuadas.

Keyserling y Martínez Estrada¹ han insistido en que Sudamérica vive aún en la prehistoria y de ello hacen derivar sus informalismos y contradicciones. Nuestra explicación, tanto más sencilla, se atiene a hechos históricos bien conocidos. Un protectorado ejercido por más de dos siglos sobre zonas arrasadas y desiertas —en ocasiones vacíos solo comparables a los que dejó Tamerlán en Asia Central— alcanza para explicar el proceso.

Dejemos ahora la imaginación frente a una encuesta informal: ¿y si el mapa de Toscanelli hubiera resultado exacto? ¿Si en vez de América, el anhelado Cipango hubiese aparecido en un meridiano del Caribe? Si navegando directamente hacia el Oeste se llegase al Asia, ¿qué sería hoy Europa; cómo se habría desarrollado su cultura? Por

¹ Respectivamente en "Meditaciones sudamericanas" y "Radiografía de la Pampa".

supuesto: caben series enteras de suposiciones, como en toda metafísica, como en todo lo que se refiere al ser.

Mas resulta seguro —sobre todo si recordamos lo esbozado respecto al vaivén de las ideas liberales entre ambos continentes que aquel mundo amorfo y desgarrado fue el más ponderable agente en la renovación de la sociedad europea; que, como en las paradojas de Jacotot, pudo y supo dar aún lo que no tenía.

2) LAS INTERPRETACIONES DEL MUNDO AMERICANO

Cierto: para hablar de Latinoamérica habría que ser un sabio. Cabe toda especie de filosofía frente al ineludible planteo del ¿qué somos? No menos ardua sería la especulación teleológica ¿hacia dónde vamos? Cabe toda sociología ante nuestra odisea histórico-política, nuestra composición racial, nuestros mil doscientos idiomas indígenas.²

Por eso la interpretación del mundo americano ha tentado tan especialmente al europeo en todos los terrenos: filosófico, sociológico, histórico, literario. A lo largo del tiempo se ha formado como una enciclopedia y no será impertinente agregar que en bastantes capítulos resulta una enciclopedia del error.

De esa enciclopedia surgen algunas constantes que interesa analizar aquí, siquiera sea someramente. La primera es, justamente la actitud mental que da origen a esas interpretaciones: al *afán de diagnosticar y vaticinar*.

Ese afán de diagnosticar —como el subsiguiente empeño en vaticinar— marcaría una diferencia muy seria respecto a las interpretaciones de Estados Unidos de América. Ante esta nación el europeo trata de explicarse hechos, hombres y ambientes; censura o elogia instituciones, grupos sociales, usos y costumbres. Tal es la admitida tesis, desde Tocqueville a Jung. En cambio, cuando se encuentra ante Latinoamérica, parece asumir el europeo funciones trascendentales y adivinatorias. Es así que la literatura a nuestro respecto ofrece todo un orden de profetas mayores y menores.

Hubo todo un arte, hoy en decadencia, de diagnosticar la situación y prever el destino de América hispana. Sus antecedentes son de un extremismo barroco, por momentos pintoresco. Para Hegel, América es, ante la filosofía de la historia, una civilización apendicular de la cual

² Es casi superfluo recordar lo mucho que varía esta cifra de un autor o de un instituto a otro, y cuánto difieren sus agrupamientos y clasificaciones.

apenas vale ocuparse. En una densa nota,³ el escritor peruano Salazar Bondy extracta opiniones de coetáneos y seguidores:

.Schlegel, que vio en el Nuevo Mundo un continente imperfecto; De Maistre, que lo concibió como el último grado del pecado bíblico; Schopenhauer, que encontró que representaba una voluntad de vida que al objetivarse se hizo más serpentina y volátil que mamífera y humana; Leopardi, que lo consideró la cúspide de la corrupción del género humano; Freud, que lo tuvo por una tierra de naturaleza abortiva...

Hay más, por cierto; y a veces, las páginas están donde menos podría esperarse hallarlas. Así, en "Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos", Gustavo Le Bon manifiesta que las naciones sudamericanas padecen grave decadencia física y moral. Para el germanófilo inglés Houston Chamberlain, todo es decadencia entre la promiscuidad de razas desafines; así, sólo puede esperarse de Latinoamérica una creciente degeneración. Un poco más tarde el profesor Karl Haushofer codificaba su Geopolítica, de la cual tanto partido sacaron los teóricos del nacional-socialismo. Para éstos, Latinoamérica es, por imperio de la naturaleza, una planta de abastecimiento: algo así como el granero y la vaquería de la Europa nórdica. Una concepción digna de Felipe II o el cardenal Jiménez de Cisneros.

Con estas muestras hemos recorrido la línea extrema y posiblemente, la peor informada. Hay por cierto otras líneas y veremos la que nos atañe más de cerca. Está representada por los escritores de la pasada generación que, atraídos por la importancia de nuestra América como mercado editorial, dieron también en formular diagnósticos y augurios a su respecto. Es el momento de Blasco Ibañez, Ortega, Baroja, Valle Inclán y en cierto modo, Unamuno.

Las expresiones exageradas y lesivas de Blasco Ibañez, que ocasionaron reacciones estudiantiles en varios países americanos, y las *boutades* de Pío Baroja que se divertía hostigando a nuestros escritores, son hoy apenas dignas de mención y ésta se hace aquí sólo a título complementario. En cambio Valle-Inclán, curioso del tema americano, cuidó, al tratarlo, de asimilar sus ambientes, modos y vocabularios.

Quizá en esa generación, Ortega y Gasset es quien tipifica el ánimo europeo de diagnosticar; la actitud clínica frente a lo americano. Ejer-

³ Sebastián Salazar Bondy, "América, paraíso o infierno", La Nación, Marzo 2 de 1952, Buenos Aires.

ció el papel en forma continuada y asidua. Y siempre miró de arriba abajo; siempre desde el punto de vista hispánico. No atinó a colocarse en los nuestros ni aún en las oportunidades en que residió aquí.⁴

En uno de los ensayos menores de Ortega hay un juicio que resume y expresa tal actitud con la precisión de un símbolo; que la evidencia materialmente y sin ninguna complicación dialéctica. Es una frasecita que empieza: “Los Andes son una exageración de nuestras sierras. . .” ¿No queda manifiesta la inadecuación del punto de vista? ¿A qué mirar los Andes con relación a las sierras españolas? Los Andes son simplemente los Andes; después de eso serán más grandes que las sierras; o las sierras serán más chicas, como bien puede apuntar cualquier americano.

No hay más que trasladar la frase citada al campo de la historia y la literatura para explicarnos, en buena parte, el ánimo de diagnosis de que venimos hablando. Es la situación que señala Luis Alberto Sánchez: “. . . Menéndez y Pelayo, y con él don Juan de Valera, Rubió y Lluch, y toda la falange de los faros de España —fin de siglo— imaginaron nuestra literatura como un retazo o provincia de la española.”⁵

Para terminar en este aspecto, sería imposible dejar de citar al más rimbombante de los augures de América, a cuyo libro, “Meditaciones sudamericanas” hicimos mención en el parágrafo precedente. Y sería imposible olvidar la entrada triunfal de Hermann Keyserling al Río de la Plata: fue como un trueno gordo que conmovió el ambiente. Nunca

A la vez, parecería que Ortega, pese a todos sus desdenes y protestas, se completó o perfeccionó en su trato con América. Aquel vaivén de ideas entre Europa y América a que aludimos en el parágrafo anterior, tuvo para él cariz de episodio personal. Con el tiempo, se diría que su obra va girando hasta quedar apuntada hacia nosotros; que presupone público, comentaristas, universidades y grandes órganos de prensa americanos, sobre todo los argentinos. También se diría que Ortega terminó por asimilar algo de lo nuestro, y al respecto citaré una anécdota. Bien se sabe cuánto protestó, en su última visita a Buenos Aires, por los chistes periodísticos y de café que se le hicieron. Pero eso no le impidió escribir inmediatamente cosas como: “me pregunto porqué las calles de Buenos Aires me recuerdan a Kant. . . Y es que los vendedores de diarios vocean ¡Razón! ¡Crítica!” Malo o bueno, el chiste es de factura rioplatense; parece extraído de la página de amenidades de algún rotativo bonaerense de aquella época. Y aquí es lástima que el propio Ortega no nos haya dejado una meditación sobre esta y otras aculturaciones. Porque, como él mismo lo proclamara, es en estas pequeñas cosas donde a veces están las pistas hacia la profundidad.

⁵ Luis Alberto Sánchez, *Vida y pasión de la cultura en América*.

había visto Latinoamérica que se estrenase una filosofía para su propio uso.⁶

Keyserling no se anduvo en chicas para diagnosticar y vaticinar; hizo de la cultura sudamericana un *affaire* proto-telúrico; descubrió sensacionales procesos entre la sangre y las raíces abisales de nuestros pueblos. Síntesis de lo primordial y lo refinado, con presencia activa de elementos antediluvianos; continente de la tristeza, la gana y la *imitatividad*; porvenir inmenso, a colmarse en un período que el filósofo calcula en treinta mil años. . . Realmente, estamos ante un profeta mayor, cuya dialéctica de monstruos silurianos e instintos eviternos hizo palidecer la de todos sus colegas.

Ya hemos dicho que esa especie de arte interpretativo respecto a lo americano decayó; su momento ha pasado. Después de ese periodo cesan los enjuiciamientos espectaculares de América Latina. Se exige más modestia y aproximación en los planteos; mayor precisión en las conclusiones. Y con el advenimiento de los organismos derivados de la ONU —principalmente la UNESCO— la etapa parece superada en definitiva. El estudio y la interpretación del mundo americano se viene realizando en forma programática y cuidadosa. La bibliografía y la hemerografía acusan cifras extraordinarias.

No debemos concluir, sin embargo, que la interpretación personal *haya sido sustituida* por la encuesta sociológica o la verificación estadística. Sólo ha sido complementada y constreñida a sus justos límites. Apellando a la famosa fórmula kantiana, tenemos que los informes e investigaciones, sin la interpretación personal, quedan *vacíos*; pero que a su vez, sin aquellos datos, la interpretación filosófica o política resultará *ciega*. Tal es actualmente la fórmula viable para el estudio de nuestro mundo.

Dentro de ese panorama, resultaría evidente que la actual interpretación de América por americanos se verifica en torno a dos grandes ejes: el *sociológico* y el *arqueológico*. Como saben todos los lectores de esta REVISTA, la sociología continental ha alcanzado en México sus mejores y más amplias realizaciones, incluida la organización de congresos anuales de exhaustivo temario. Le siguen Brasil y Argentina, en

⁶ La filosofía y el autor se correspondían. Aquel gigante de faz mogólica y recta barba de monje tibetano, que nos hablaba en fluido español, bebía champaña y se envanecía de su linaje nórdico, era de por sí otro estreno en las salas de conferencias. Nunca habíamos visto, tampoco, un filósofo dionisiaco; un mentís tan completo a cuanta teoría existe sobre oposición entre el pensamiento y la vida.

actividad ascendente. La arqueología tiene sus infatigables y a veces sacrificadas huestes en Bolivia, Perú, México y Guatemala. Hay quienes han expuesto, durante años, su vida y su salud en las difíciles investigaciones andinas, que cada vez brindan más conocimientos y más enigmas. En Bolivia se considera existente una rama arqueológica especializada, la *tihuanacología*, para estudio de los arcanos de Tihuanao y los orígenes del hombre americano.

Puerilidad y decadencia. Esta es otra constante de la interpretación europea: habrían notado en América la presencia de rasgos pueriles junto a marcas de decadencia y senilidad.

Los cronistas de Indias plantearon ya, no precisamente el infantilismo, sino el natural ingenuo y bondadoso de muchas de las razas americanas. “Y esto es harto notable y cierto argumento de la bondad natural, mansedumbre y humildad de estas naciones” escribe Bartolomé de las Casas. “Los toltecas eran sutiles y primorosos en cuanto ellos ponían las manos”, expresa Fray Bernardino de Sahagún. “Allegados a la virtud, muy devotos y buenos cantores.” Manifestaciones coincidentes se hallarán en López de Gómara, Díaz del Castillo, Francisco de Figueroa. El propio Alvar Núñez cuenta cómo, después de un naufragio, los indios lloraban junto a los españoles.

No aparecen pues en la crónica de Indias menciones que correspondan exactamente a la infancia o puericia; el contexto revela —y no podía ser de otro modo— culturas ingenuas por incomunicadas.

En 1770 Guillermo Raynal, en su “Historia filosófica del establecimiento y del comercio de los europeos de las dos Indias” afirma que en los pueblos americanos los hombres son pueriles o decrepitos. Debe haber sido ésta la primera mención específica. Y pertenece a un teórico que sólo conoció de oídas la materia. Aunque huero y campanudo, su libro ocasionó gran revuelo —incluso fue enviado al fuego por el Parlamento de París— y hoy sólo sirve para documentar un aspecto de la opinión del siglo XVIII europeo, pese a la simpatía con que Voltaire evoca el Tucumán en su indeclinable “Cándido”.

De Raynal a nuestros días la tacha de puerilidad se reitera en libros y comentarios; lo curioso es que tan pronto se la dirige a los norteamericanos como a los latinoamericanos, aunque con diferente sentido. Un paralelo sería por cierto instructivo; empero aquí debemos limitarnos, por razones de extensión, a la referencia latinoamericana.

En cuanto a la decadencia, resulta típico el diagnóstico del ya citado

Chamberlain, quien la hace derivar de causas biológicas; de un estupro cometido entre razas.

Ya explicamos en el capítulo anterior dónde reside a nuestro juicio la vieja causa del mal. El proceso destructivo de la Conquista impuso rasgos propios de la decadencia. Técnicamente el indio se encontró anticuado en diez siglos. Espiritualmente, criollos y mestizos vagaron en un mundo amorfo, inconstituido, sin sentido declarado. Aludiendo a la situación de América durante el coloniaje, expresa Waldo Frank: "Entre tanto, la conducta del Estado y la Iglesia sobre el fermento fue principalmente de suspensión. Cortaron toda prematura cristalización al mestizo e impidieron al indio que regresara a su misterioso pasado."⁷

De ahí han derivado estilos que corresponden a la vejez, el conformismo, la apatía, la reserva prudente. Más tarde se harán presentes los efectos producidos por el aluvión de una inmigración indiscriminada.⁸ Son fenómenos de fermentación y aculturación muy característicos y propios de Latinoamérica.

Estos rasgos, algunos de los cuales analicé en "Caracteres Sudamericanos"⁹ son los que tantas veces han despistado al intérprete europeo. E indudablemente que el panorama de conjunto puede desconcertar a cualquiera: tan pronto ofrece expresiones de juventud como marcas de anacronismo y vejez; o bien nos plantea el enigma de ciertas razas autóctonas, de definición extra-temporal; realmente sin edad ante los instrumentos históricos que nosotros manejamos.

Tal vez el conjunto no sea reductible a denominadores temporales; tal vez sea necesaria la aplicación de fórmulas más complejas y dinámicas, al estilo de Toynbee o Haya de la Torre. Todo lo que podemos apuntar ahora es la contradicción y desacuerdo de nuestros rasgos.

Sabemos del escepticismo y del deseo de evasión imperantes en las zonas cosmopolitizadas de nuestro continente. Los autores latinoamericanos han escrito mucho sobre la materia, y los argentinos Borges y Martínez Estrada le dieron divulgación periodística. Cabe agregar aquí que tal vez en ninguna región de la tierra *se crea en menos cosas y se crea menos en sí mismos* que en el Río de la Plata. La comparación con cualquier pueblo europeo o con el norteamericano es realmente penosa.

⁷ Waldo Frank, "El Mundo atlántico", Revista "Sur", Primavera de 1931, Buenos Aires.

⁸ Valga el caso de Montevideo, que en 1860 contaba con un 50% de extranjeros. Poco después se dictaba la primera ley de protección al trabajador nacional.

⁹ "Caracteres Sudamericanos", Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México, 1950.

Y esas son señales de vejez. El joven no sólo cree sino que quiere creer —no importa qué. Tiene el deporte de la creencia, aquel que reivindicara William James. Y tan satisfecho está de sí mismo que la evasión sería un contrasentido.

Sabemos también del culto al pasado en calidad de fetiche inamovible; del mero tradicionalismo que no sabe borrar el pasado en lo que tiene precisamente, de pasajero. La mejor manera es entenderlo como historia; con juicio de valor y perspectiva categorizada. Y bien: muy a menudo nuestros historiadores se vuelven anticuarios, meros cultores del pasado. Valoran todo el pasado por el hecho de serlo. Adoran reliquias y vestigios; los coleccionan y quisieran hacerlos cosa del presente. Acaban por no comprender que lo pretérito nos ha dejado también su lote de indignidad y fruslería. La confusión, en esa esfera de la cultura, puede estimarse grave.

Pero frente a esos índices se levantan otros de cariz juvenil. El más importante tal vez sea el alto guarismo de movilidad social que se observa en las urbes latinoamericanas en comparación con las europeas. Es la movilidad en sus direcciones sociales admitidas: vertical y horizontal. La cantidad de mutaciones posibilitadas a un hombre o una familia es o debe ser aquí única en el mundo. Es muy alto el porcentaje de profesionales y artistas procedentes de medios humildes.

Frente a nuestro medio, el orden de la ciudad europea resulta estratificado; cerrado en estancos de clase, raza, religión y hasta educación. ¿Qué americano no se siente estupefacto cuando se entera de que Heidegger radió de su cátedra la filosofía de Hussrel por ser éste de origen hebreo? ¿Cuál no se asombra al escuchar que los egresados de Oxford hablan durante toda su vida con un tartajeo que se considera muy aristocrático? ¿Cuál no queda confundido al informarse de que Madame Curie, ya en el señorío de su gloria científica, sufría reproches y hasta menosprecios por su nacionalidad polaca?

Entre nosotros es posible mudar ciudadanía, profesión, oficio, partido y religión con poco esfuerzo y sin ningún sacrificio.

Hasta los desplazamientos entre la ciudad y el campo, que en tantas regiones europeas resultarían casi prohibitivos, pueden verificarse sin contrariedades. Y luego, lo mejor: abiertas al mundo, las urbes latinoamericanas *no hacen del extranjero un meteco* y en este aspecto superan incluso a las norteamericanas. La movilidad social posibilitada a los extranjeros registra notoriamente la máxima mundial. Abrumado en otras partes por la carga de reglamentos y coacciones, suele ser el extranjero quien mejor comprende este aspecto liberador de Latino-

américa; cuál es el aire en que respira nuestra sociedad; hasta dónde puede no ser doloroso un destierro. Esta marca positiva nos dice que los síntomas de vejez recién revistados no son permanentes; que lejos de acentuarse, un día desaparecerán.

3) CONCLUYENDO: IDEA FEDERAL; IDEA PANAMERICANA

Un solo bien continental dejó en herencia el conquistador: el idioma común. Sobre esa base se alzó el federalismo. En su origen es la decisión de un puñado de intelectuales intrépidos; y es también una respuesta al desierto, a la *terra incógnita* que rodeaba las trece colonias. Acabó por articular una nación enorme sobre el vacío en que colonos y *squatters* marchaban y marchaban sin saber exactamente hacia dónde. Seguidamente, argentinos, brasileños, mexicanos y venezolanos reconstituían sus grandes naciones sobre similares bases. Nuevamente el idioma y la región desértica han validado la fórmula.

El federalismo es una idea dimanada de la dimensión americana: aunque cuente con antecedentes históricos, podemos llamarla una realización nuestra. Las ligas maqueas y etolias se constituyeron *de ciudad a ciudad*; las de América, de región a región. Tal es la diferencia del sesgo histórico.

Sobre esta idea iba a proyectarse otra todavía mayor, que abarcaba media ecumene. Era una federación de federaciones; un imperio democrático que cubría todo el hemisferio; una *ecclesia* de pueblos y razas realizada por mutuo acuerdo. La genial visión nunca pudo concretarse.

La idea panamericana sólo pudo cristalizar en el fuero administrativo: convenios y tratados, aranceles y fórmulas comerciales. No era ciertamente esa la concepción bolivariana, que aspiraba a constituir un universo americano. Desde ese punto de vista, la Panamérica que conocimos resultaría un organismo interino que en vano aguardó al titular, y que un día fue desplazado por la fórmula más ágil y menos ambiciosa de la O.E.A.

Nadie se atrevería hoy a predecir si la idea bolivariana es factible. Puede en cambio afirmarse que en la mayoría de nosotros hay una aspiración panamericana o latinoamericana. Así, pensamos en latinoamericano mucho más de lo que el inglés, suizo o español piensan en europeo. Este es el síntoma afirmativo que se opone a todos los otros; que casi los equilibra porque responde a la incitación de un idioma común.